

## Capítulo 1

Tras los interrogatorios de rigor, Santiago García, inspector jefe de la policía nacional, se dirigió a su despacho para prepararse un café y pensar a solas durante unos minutos. El día había sido duro, como era de prever, pero el trabajo realizado por sus agentes había sido casi perfecto, tal y como correspondía a los profesionales de la tarea de salvaguardar el orden y la seguridad ciudadana. La manifestación convocada por los grupos antisistema para mostrar su disconformidad con las políticas económicas del F.M.I. y del B.M. había reunido a cerca de trescientas personas, provocando fuertes disturbios y brotes de violencia que tuvieron que ser aplacados con toda la contundencia policial que merecían.

Mientras Santiago saboreaba el aroma del café, recibió la llamada del alcalde de la ciudad, felicitándole por la labor realizada por todo su departamento, el cual supo coordinarse debidamente y posicionarse en los lugares estratégicos en donde era más probable la aparición de vórtices de violencia descontrolada. Santiago se sentía henchido de satisfacción tras las palabras del alcalde, al cual mostró su absoluta disposición a seguir colaborando en la construcción de una ciudad más segura y pacífica. Tras las detenciones llevadas a cabo durante los incidentes, quince personas fueron llevadas a disposición policial y se las interrogó con dureza, ya que era necesario saber si actuaban por cuenta propia o si, por el contrario, formaban parte de alguna organización o partido político, siendo en este caso conveniente investigar qué grado de responsabilidad tenían dichas organizaciones en los incidentes acaecidos. Aunque alguno de los detenidos estaba afiliado a determinado partido político

u organización social de legitimidad dudosa o de planteamientos ideológicos inconvenientes, ninguno de ellos dijo actuar movido más que por propio convencimiento personal, lo cual, considerando que dichas declaraciones fueran ciertas, significaba que el movimiento al que se enfrentaban carecía de la suficiente organización o bases ideológicas establecidas, moviéndose más por impulsos de rabia individual que por otra cosa. Estos planteamientos tranquilizaban a Santiago, pues en ese caso sería más fácil acabar con estos desórdenes sociales que ponían en jaque al cuerpo de policía de la ciudad.

Al cabo de unos minutos, entró en el despacho de Santiago el subinspector de policía, un hombre corpulento, de cerca de dos metros de estatura, de ojos negros y mirada acerada, que respondía al nombre de Miguel Pérez.

- ¿Puedo pasar un momento?, - preguntó - hay un asunto que tengo que tratar con usted.

- Por supuesto, siéntese y dígame de qué se trata.

Miguel Pérez era conocido por sus modales hoscos y por un sempiterno mal genio que él mismo consideraba necesario para poder llevar a cabo con más eficiencia sus labores al mando de sus hombres. Rara vez se le veía sonreír, y cuando lo hacía, inmediatamente volvía a ponerse serio, pues consideraba que un exceso de buen humor por su parte podía dar lugar a que sus subordinados le perdieran el debido respeto. En general, todos pensaban que tras esa imagen adusta se escondían un hombre de nobles sentimientos, al que le daba miedo mostrarlos por una cierta vergüenza mal entendida o por la sensación de inseguridad que le producían.

Sin embargo, ese día el rostro de Miguel parecía haberse desprendido de su habitual aspereza; sus ojos se mostraban apaciguados, aunque en su mirada se vislumbraba una cierta inquietud inusual, como si aquel hombre de apariencia imperturbable se hubiera tropezado, casi por casualidad, con algo desconocido que le hubiera hecho tambalearse y que le hubiera obligado a desenterrar ese otro lado más humano que se encontraba agazapado entre las obligaciones al mando de la jefatura del cuerpo de policía.

Miguel se sentó enfrente de Santiago, bajó levemente la cabeza y se mantuvo en silencio, intentando encontrar las palabras con las que comenzar a hablar. ¿Pasa algo?, preguntó Santiago, extrañado. Todo en orden, contestó Miguel con una voz apenas audible, como si no se atreviera a manifestar lo que por su cabeza rondaba, es sólo que, continuó, de todos los detenidos hay uno en particular que nos ha llamado la atención y ninguno sabe muy bien qué hacer con él. Da la sensación de que es el líder de los demás, pero no es un líder como otro cualquiera, sino que parece estar dotado con un carisma peculiar, misterioso. Tanto es así, que los demás se refieren a él como el Maestro.

- ¿Has participados tú personalmente en los interrogatorios realizados a ese líder suyo? - preguntó Santiago -

- Sabes que normalmente no estoy presente en ningún interrogatorio, salvo que se trate de un asunto importante. Así que, en un principio, el interrogatorio fue realizado por los agentes Marcelo y Andrés. Pero después de realizarle las pertinentes preguntas sobre su implicación en la manifestación de hoy, ambos agentes se presentaron en mi despacho y me requirieron para que les acompañara en el resto del cuestionario, ya que el detenido respondía de una manera confusa; sus palabras tenían fuerza y convencimiento, aunque también una cierta altanería, como si le diera igual estar detenido y no tuviera ninguna intención de salir de aquí, o, lo que era más extraño, parecía como si aquel hombre, de alguna manera, supiese que su destino era estar en prisión, y lo aceptara con total normalidad.

- Pues no pasa nada, si ese hombre, del que aún no me habéis dicho su nombre, no tiene ningún reparo en permanecer una temporada entre rejas, nosotros no podemos hacer nada al respecto, salvo desearle una feliz estancia en nuestro hotel.

Santiago rió a carcajadas, mientras se encendía uno de los habanos que le había regalado el alcalde en su última reunión. Nada ni nadie podía amargarle el día a la máxima autoridad del cuerpo nacional de policía. Miguel le observaba desde una cierta distancia, en silencio, envuelto en esa extraña sensación de introspección y trascendencia que le había producido su encuentro con aquel detenido. Él no compartía con Santiago ese buen humor desenfadado, ni era capaz de llamar hotel a los sórdidos

compartimentos que se ubicaban al final de un largo pasillo de paredes pintadas de un verde oscuro y raído por el paso del tiempo, en donde eran encerrados los detenidos mientras se esperaba una resolución sobre cada caso. En el último de aquellos compartimentos, tras unas gruesas y oxidadas rejas, permanecía aquel detenido. En su mirada no se podía hallar ni la más mínima sombra de desesperación. Su serenidad y fortaleza no parecían humanas, y nada parecía inquietarle.

Tras darle unas profundas bocanadas a su habano, Santiago dejó de reír y miró a Miguel.

- Aún no me has dicho el nombre de ese detenido al que le importa un carajo estar aquí con nosotros.

- Creo que dijo que se llamaba Jesús.

- Jesús, ¿qué más?.

- No recuerdo sus apellidos, tan sólo que el resto de los detenidos, los que se referían a él como el Maestro, lo llamaban Jesús de Entrevías.

- ¿Por qué Jesús de Entrevías?-

- No lo sé, supongo que se será por el barrio de Entrevías.

- Jesús de Entrevías, ¿eh?, bueno, creo que será mejor que yo mismo esté presente en el próximo interrogatorio que se haga a ese hombre. Has conseguido despertar mi curiosidad.

Cuando Miguel Pérez llegó a su apartamento, ubicado en una ruidosa calle del centro de la ciudad, eran cerca de las nueve de la noche. Por regla general, solía terminar su jornada a eso de las siete de la tarde, pero ese día había sido muy especial. La manifestación de los grupos antisistema y las posteriores detenciones e interrogatorios habían alargado la jornada más de lo habitual. A Miguel no le gustaba quedarse mucho más tiempo en la comisaría, pues, a pesar del alto cargo que ostentaba, sabía que había en la vida cosas mucho más importantes que el trabajo. Pero ese era otro de los pensamientos de Miguel que apenas nadie conocía, tan sólo sus más allegados, su familia y su pequeño círculo de amistades, ya que el subinspector jefe del cuerpo de policía debía ser un hombre dedicado en cuerpo y alma a su labor al servicio del orden y la ley, para que así sus súbditos en el departamento lo vieran como un ejemplo a seguir, como un espejo en donde mirarse, deseando también ellos dedi-

car su vida a la noble tarea de servir a los ciudadanos. Miguel sabía que esa imagen que mostraba en comisaría era sólo un disfraz que las circunstancias le habían impuesto o un reflejo de sus múltiples personalidades. Un hombre escindido al servicio de una sociedad escindida, pensó en una ocasión. Pero fuera como fuese, lo que quería Miguel era regresar a su hogar, donde le esperaban su mujer y su hija, y quitarse su uniforme de trabajo y esa máscara que le obligaba a tener que comportarse de una manera marcada por los inviolables principios de la rectitud.

Durante la cena con su familia, Miguel se mantuvo en ese extraño estado de trance hipnótico en el que se hallaba sumido desde que tuvo su encuentro con aquel preso. Era como si ese hombre le hubiera usurpado el alma y arrebatado la voluntad. Su mujer, Ana, le miraba con una cierta preocupación, extrañada por su comportamiento y por su mirada perdida y ausente. ¿Mucho trabajo?, preguntó ella - Sí, algo más del habitual, contestó él. Te noto muy raro hoy. ¿Has tenido algún problema?. No, ninguno, los problemas habituales que hay en el cuerpo de policía cuando hay algún altercado callejero. Nada especial, actuamos con prontitud y de una manera firme y decidida. A los pocos minutos de intervenir, la manifestación estaba casi disuelta, tan sólo quedaba una poca gente merodeando por los alrededores, simples curiosos la mayoría de ellos. ¿Tuvisteis mucho trabajo luego en comisaría?, preguntó Ana. Algo de trabajo sí que tuvimos, ya sabes que después de estos incidentes hay que proceder a realizar las pertinentes detenciones e iniciar un proceso de interrogatorios que se puede alargar por espacio de varias horas. Algunos de los detenidos, una vez que han tomado declaración, son puestos en libertad, mientras que otros, la mayoría de ellos, siguen arrestados en espera de nuevos datos que aclaren su inocencia o que confirmen su culpabilidad.

María, la hija mayor de Miguel y Ana, una hermosa mujer de pelo rubio, ojos verdes y claros e inteligencia despierta, escuchaba con atención el relato de su padre. Aunque María sentía un gran amor por su progenitor, había muchas cosas de él que no compartía. Ella siempre le hacía ver estos distintos puntos de opinión suyos, y en más de una ocasión, las

desavenencias existentes acababan en alguna fuerte discusión, que afortunadamente se olvidaba al poco rato.

- ¿Por qué te refieres a las manifestaciones de hoy como simples altercados callejeros?, ¿es que no te das cuenta de que toda esa gente está luchando por algo justo y que tienen todo su derecho a mostrar su disconformidad con ese mundo que llaman globalizado, y que sólo ha traído más miseria y que ha extendido el sufrimiento de una manera irremediable entre las capas más desfavorecidas de la población?.

Ana miró a su hija con un cierto desagrado tras escuchar sus palabras, pues sabía que, probablemente, éstas serían el inicio de un nuevo enfrentamiento con su padre. Miguel alzó la vista y se quedó por unos instantes escudriñando el rostro de su hija, sintiendo cómo la cálida mirada de ella se introducía muy dentro de él, proporcionándole sosiego. Puede que tengas razón, dijo de manera pausada, como si estuviera midiendo sus palabras o como si él mismo se extrañara de que éstas pudieran salir de su boca. Miguel no era un hombre dado a dar la razón sin más, sobre todo en el caso en el que alguien le contradijera o le dijera, sin tapujos, que estaba equivocado. Con su hija tampoco hacía una excepción, ya que pensaba que era una simple adolescente que aún no había tenido tiempo para madurar su pensamiento. A veces le daba la impresión de que María se divertía llevándole la contraria. Algo propio de la edad, tal vez. Sin embargo, parecía que hoy algo diferente brotaba del sustrato de sus pensamientos, y Miguel no era capaz de entender qué era.

Ana se levantó a recoger la mesa, sorprendida también de que esta vez su marido no quisiera entablar ninguna discusión y simplemente se dedicara a asentir ante las palabras desafiantes de María. En silencio, Ana fue recogiendo los platos, sin querer hacer comentario alguno que pudiera enturbiar esa extraña paz que por momentos parecía aposentada en casa. Algo le pasa a Miguel, pensó Ana, hoy no parece él, está callado, casi mudo, no le importa que le contradigan y no parece mostrar interés en discutir. María se levantó y se fue al salón a ver la tele. Instantes después, Miguel se puso en pie y, acercándose a Ana, la cogió por la cintura y depositó un cálido beso en su frente. Gracias, dijo ella,

extrañada ante tan inusual muestra de ternura. Hoy estás muy raro, ¿de verdad que no te ha pasado nada?, pues claro que no, contestó él, acaso es tan extraño que quiera darte un beso y decirte una vez más lo mucho que te quiero. Bueno, dijo ella, muy habitual no suele ser, normalmente prefieres enzarzarte en alguna disputa tonta con tu hija, en la que acabas poniéndote nervioso, y te vas luego a la habitación malhumorado y soltando algún que otro improperio. Sigo pensando que te pasa algo, pero mientras que te sigas comportando igual que esta noche, me da igual lo que sea, dijo Ana riendo. Te vuelvo a repetir que hoy no me pasa nada, pero sí que es cierto que me noto algo diferente en mi interior, es como si mi habitual malhumor se hubiera desvanecido, como si una fuerza superior a él lo tuviera domeñado. ¿Va a ser sólo hoy o piensas que este cambio tuyo es permanente?, preguntó Ana en tono jocoso. Me encanta que tú también estés de buen humor, dijo Miguel.

Durante la noche, Miguel apenas pudo conciliar el sueño. La imagen de aquel hombre, al que llamaban Maestro, aparecía una y otra vez en sus pensamientos. Sus ojos negros y oscuros parecían clavarse muy dentro de él, llegando a lugares en su interior donde nadie, ni siquiera él mismo, se había adentrado. Era absurdo, pero por un momento pensó que aquel hombre podía leerle sus pensamientos. A la mañana siguiente debería volver a encontrarse con él y continuar con el interrogatorio. Al pensar en ello, una profunda sensación de escalofrío recorrió su cuerpo. Aquel hombre le inquietaba y turbaba, pero también le intrigaba como ningún otro ser humano que había conocido en su vida lo había hecho. Lentamente, intentando no hacer ningún ruido que pudiera despertar a Ana, que dormía plácidamente, se levantó de la cama y se dirigió a la ventana, sin más fin que el de contemplar la oscura noche de invierno en donde las estrellas parecían querer ocultarse, envueltas entre los grises mantos de la civilización industrializada. Miguel echaba de menos cuando, muchos años atrás, vivía en el pueblo y podía mirar el cielo y sentirse unido a la naturaleza. Quizá entonces no fuera un ser escindido, como pensaba que era ahora, pero los años, el trabajo, las obligaciones en el cuerpo de policía y la vida en el centro de una ruidosa y estresante ciudad, habían forjado un carácter áspero, una desconfianza hacia casi cualquiera y un sentimiento de apatía y de pérdida de fe en el

hombre y en sus posibilidades de construir un mundo mejor. Ahora, cuando Miguel escudriñaba el oscuro manto que cubría a la ciudad, tan sólo sentía una bocanada de soledad que le golpeaba en su rostro de facciones puntiagudas, en su nariz prominente y aguileña, en sus ojos, oscuros y de mirada perdida, en su alma, desvanecida y tosca. Decidió volver de nuevo a la cama, aunque sabía que esa noche no iba a poder conciliar el sueño. Las formas del cuerpo de su esposa se vislumbraban entre los pliegues de la sábana, y el sonido rítmico de su respiración era casi un susurro que Miguel escuchaba con atención, intentando encontrar en aquella vibración casi imperceptible un estímulo que le ayudara a él también a adentrarse en los confines del sueño. Se introdujo entre las sábanas y volvió a pesar en aquel detenido. Necesitaba verlo de nuevo.

Santiago Martín llegó ese día a su hogar envuelto en una fresca sensación de felicidad y satisfacción. Toda la ciudad parecía encontrarse en paz, y él era el artífice de ello. El orden se podía sentir en cada esquina, en cada recodo, en cada calle, en cada parque. Santiago adoraba el orden y la disciplina, a las que consideraba las grandes virtudes con las que los verdaderos hombres estaban dotados. Y en su casa, como en el cuartel de la policía, también había orden y disciplina, pues para ello él era el cabeza de familia y su labor consistía en conseguir que estos valores se impusieran y que todo el mundo acatará las normas que él impartía. Para ello era necesario, en ocasiones, mostrarse contundente y firme, sin vacilar a la hora de hacer ver a su mujer y a su hijo que era él el que mandaba, pues así eran las normas, así estaba escrito en la tradición, así eran las buenas familias, y gracias a ese orden y a esa disciplina que él se encargaba de administrar, se podría vivir en un hogar en paz y unido, sin actitudes díscolas y displicentes que pudieran hacer tambalearse los cimientos sobre los que la vida en familia se construía.

Cuando Santiago entró en la cocina, su esposa, Patricia, una mujer achaparrada, de carácter apocado y abnegada en su obediencia, acababa de preparar la cena. Su hijo Carlos, un adolescente de diecisiete años, se sentó para cenar, aunque sabía que hasta que su padre no se hubiera también sentado y estuviera dispuesto a comer, él no podía probar bocado.

Si a él se le ocurría tomar algo sin que su padre estuviera dispuesto, se ganaría un fuerte cachete. Así eran las normas y Carlos las aceptaba de buen grado, pues sabía que sin ellas la vida no podía funcionar. Las normas eran necesarias y había que obedecerlas con firmeza, sin vacilar, sin dudar, sin ponerlas en cuestionamiento, pues el que se rebelaba contra las normas no provocaba más que desequilibrio en un mundo que se había edificado sobre los pilares de una armonía natural inherente a las cosas. Esto se lo había enseñado su padre, y por tanto era otra verdad ineluctable que tampoco pondría nunca en duda. Él sentía admiración por el Inspector jefe del cuerpo de policía, la más grande institución al servicio del orden, y el lugar donde Carlos quería pertenecer en breve.

Patricia se dio cuenta de que hoy su marido se sentía contento, pues no había hecho comentario alguno despectivo sobre la cena, ni había reprochado nada ni a ella ni a su hijo.

- Sabéis familia, hoy ha sido un gran día - dijo Santiago - hemos acabado de manera contundente con la panda de alborotadores y maleantes que se reúnen de vez en cuando para sembrar el caos en la ciudad. Les hemos dado su merecido y les hemos enseñado que con la policía no se juega, que si quieren protestar lo hagan en silencio o en su casa, pero que respeten el orden y la paz. El alcalde me ha llamado para felicitar-me por la gran labor realizada por el cuerpo de policía. Yo le he dicho que siempre puede contar con la labor del cuerpo para cortar de raíz cualquier desorden y que trataremos a esos maleantes detenidos con toda la dureza que merecen, para que no se les vuelva a ocurrir perturbar la tranquilidad de los ciudadanos de bien.

- ¿Hay muchos detenidos? - preguntó Patricia - con timidez, como siempre lo hacía a la hora de hablar con su marido, al que, al contrario que su hijo, temía más que admiraba.

- Unos cuantos. Gentuza, son sólo gentuza indeseable. Guarros que llevan el pelo largo y camisetas del Che. Está claro que esos no saben lo que es la obediencia y la disciplina, las grandes virtudes que hacen a los hombres grandes; son sólo una panda de desarrapados que piensan que pueden cambiar el mundo, sin saber que el mundo es como es porque así quiere Dios que sea, y ellos no son nadie para poner en duda la obra del creador.

- Bueno, hay que reconocer que en este mundo hay ciertas injusticias, y no creo que Dios esté de acuerdo con ellas.

- Aquí no hay nada más injusto que ver a mi mujer llevándome la contraria. - gritó Santiago - ¡Qué sabrás tú, que eres una pobre necia sin preparación, que no sabe hacer más que guisar y planchar!. Tú no tienes conocimiento alguno de lo que es el mundo, y encima te atreves a hablar de Dios con ese descaro, con esa ignorancia. Las injusticias han existido siempre, y sobre ellas se sustenta el equilibrio. Los ricos son ricos y los pobres son pobres, esto es así y no vale de nada decir: el mundo es injusto, pues no es así, la diferencia entre unos y otros reside en la diferente preparación y en el sacrificio y el esfuerzo que hace cada cual. Además, los pobres son pobres porque así Dios lo quiere. Está escrito en la Biblia. Gracias a su resignación podrán acceder al paraíso, así que, bien mirado, deberían estar contentos por su condición y no hablar de injusticias de esa manera quejumbrosa y desairada.

- En la Biblia no dice que Dios quiera que haya pobres, eso es algo que se han inventado los hombres para que no tengan ninguna esperanza de mejorar su situación, para que se conformen con su miseria y no instiguen cambio alguno.

En esos momentos, Santiago se levantó airado, se remangó la camisa, y propinó un fuerte golpe en el rostro de Patricia. Nunca pensé que mi propia esposa fuera capaz de amargarme uno de los días más felices de mi vida, dijo, para después golpearla de nuevo, esta vez con más fuerza, cerrando el puño y apretando los dientes, mientras Patricia intentaba zafarse del castigo. Carlos observaba la situación con pena, pues, aunque consideraba que su madre había cometido una falta grave con sus palabras, no le gustaba ver cómo sufría.

Después de los golpes, Santiago se sentó para acabar de cenar. Patricia lloraba y observaba cómo su marido se terminaba la cena que ella le había preparado, sin apenas mirarla, sin preguntar cómo se sentía, sin decir nada, con total indiferencia. No vuelvas a contradecirme, fue lo único que dijo Santiago, mientras terminaba el postre. Y deja de llorar, que no ha sido para tanto. Los ojos de Patricia se encontraban anegados de lágrimas. Humillada y vejada de nuevo, sin saber qué hacer, sin saber exactamente cuáles eran sus sentimientos hacia su marido, con

el que una vez se casó por amor, prendada por su carácter fuerte y por su sentido del orden y de lo correcto. Entonces Santiago era diferente, pensó, hablaba de orden y de lealtad, pero no de la violencia con la que lo llevaría a cabo. Hablaba de obediencia, pero no decía nada sobre cómo actuaría con la gente que lo desobedeciera. Hablaba del matrimonio como la unión eterna entre dos personas, sin decir que consideraba que el pegamento que mantendría esa unión no sería otro que la sumisión y el acatamiento a sus mandatos. Patricia, por aquel entonces, creía en las palabras de su marido, en su franqueza y bondad inherentes, en el refulgir de sus sentencias, en la contundencia de sus convicciones, en sus alegatos a Dios y a la providencia que emanaba de su divina voluntad. Ella había sido educada en una familia muy católica y consideraba que Santiago encarnaba las virtudes con las que ella había crecido. Patricia juró obedecer por siempre a su marido, pues consideraba que éste era un hombre justo. Ella creía que su destino era el de ser una esposa abnegada y obediente, ya que eso también estaba escrito en su propia naturaleza de mujer, en esa misma providencia divina que servía para construir un mundo en armonía. Las veleidades fantasiosas de emancipación quedaban para aquellas que no tenían recato a la hora de cuestionar los principios de la tradición. Patricia pensaba, por aquellos tiernos años de juventud, que esas mujeres eran unas insolentes que pretendían desestabilizar la equilibrada sociedad construida sobre la base de las más bellas tradiciones y los más elevados principios. Sin embargo, ahora, cuando su rostro cubierto de moratones y de lágrimas de dolor le recuerdan la amargura impuesta por esa otra cara desconocida de su marido, ve a aquellas otras mujeres como a heroicas guerrilleras de una lucha que aún no había hecho más que empezar.

Carlos entró en su habitación turbado por los sentimientos contradictorios que le acechaban tras la discusión que había presenciado. Sabía que su padre actuaba, en ocasiones, con demasiada dureza, pero quizá ese fuese el camino más recto para alcanzar la disciplina y la obediencia. Carlos se tumbó en la cama y observó la enorme bandera que colgaba en el techo de su dormitorio: una gran esvástica en blanco sobre un fondo negro. Aquel símbolo le atraía de una manera especial, como si estuviera dotado de un magnetismo que poseía sus pensamientos e ins-

piraba sus acciones. La mayoría de sus amigos llevaban en alguna zona de su cuerpo tatuado ese mismo símbolo, y eso era algo que les mantenía unidos y les hacía sentirse integrantes de una familia que con el tiempo se iba haciendo cada vez más numerosa, pues, aunque una gran parte de la sociedad les consideraba unos jóvenes violentos y sin ideas, ellos sabían de la fortaleza de sus puños y del miedo que provocaban entre los débiles. Los fuertes seremos lo que nos hagamos con el poder y los que daremos lugar a una raza superior, pensaba Carlos, y para ello será necesario purgar a los que no compartan nuestro ideal de pureza y orden. Y en eso, su padre se comportaba de una manera ejemplar, como correspondía al más alto cargo de la policía. Él pronto entraría también en el cuerpo, y desde ahí llevaría a cabo la noble tarea de servir al orden y a los fuertes, luchando contra la inmundicia de inmigrantes que horadan la pureza de nuestra raza y de nuestras costumbres, convirtiendo a la sociedad patria en una mixtura de culturas en donde la buena, la nuestra, se siente amenazada por las otras, las de fuera, las invasoras. No hay tarea más elevada que la de restituir el orden mancillado por unos nuevos tiempos que tratan de hacernos creer que todos somos iguales, cuando a la vista quedan las grandes diferencias entre unos y otros, entre los buenos españoles que sienten veneración por la bandera nacional y añoran los tiempos pasados en los que nuestra nación era un gran imperio, y los guarros progresistas que flirtean con los independentistas, y que, sobre un sentimiento de internacionalismo, muestran y presumen de sus carencias de amor por la patria. Estaba sumido Carlos en todas estas divagaciones, cuando procedente de la habitación contigua, donde se encontraban sus padres, oyó un leve gimoteo que no podía ser otra cosa que el llanto de Patricia. Ella era su madre, pero también era una de esas personas débiles que tendrían que aprender, a base de golpes y de dolor, las reglas para transitar el único camino, el recto y límpido, el que lleva a la cima del orden, en donde Dios y la patria danzan la bella melodía de la tradición. Ella era la esposa de su padre, y esa condición la inhabilitaba para llevarle la contraria, pues tal acto de insurrección era contrario a las reglas naturales de la convivencia social. El llanto de su madre reverberaba entre las paredes de la habitación, amalgamándose con los ronquidos del inspector jefe del cuerpo nacional de policía, el cual descansaba en un profundo sueño, ajeno

a las muestras de dolor de Patricia y a las divagaciones de su hijo en la habitación de al lado.

Al día siguiente por la mañana, Miguel llegó a la comisaría envuelto en una extraña sensación de inquietud, sin que en su ánimo pudiera aposentarse sosiego alguno. Sólo un pensamiento ocupaba su mente: el interrogatorio con aquel detenido debía proseguir. Santiago aún no había llegado a la comisaría, ya que, en ocasiones, cuando el día anterior había sido duro por algún motivo, decidía llegar a la mañana siguiente algo más tarde. Él era el jefe y podía tomar ese tipo de decisiones sin tener que dar respuesta alguna. Miguel agradeció que hoy fuera uno de esos días en los que Santiago se ausentaba por la mañana del trabajo, ya que prefería centrarse en el interrogatorio que tendría que realizar. Miguel se dijo a sí mismo que no debería dejarse impresionar por ese hombre, pues, aunque sus seguidores lo llamaran Maestro e irradiara una personalidad única, no era más que un alborotador que había acudido a una manifestación no autorizada que dañaba la imagen de tranquilidad que la ciudad poseía.

Miguel decidió presentarse solo en la celda de aquel singular detenido, sin la compañía de ningún otro agente. Un leve temblor recorría su cuerpo mientras encaminaba sus pasos por aquel largo pasillo, al final del cual se ubicaba la celda de Jesús. Cuando Miguel terminó su recorrido, vio que el detenido se encontraba sentado en el suelo, con las piernas flexionadas y respirando muy pausadamente. Sus ojos estaban cerrados y su ceño desfruncido. Parecía hallarse en un lugar distinto de una celda de comisaría, era como si de alguna manera supiera que daba igual dónde se encontrara, pues lo que ese hombre parecía en esos momentos escudriñar era la vasta inmensidad de su interior, un lugar que no tenía nada que ver con su ubicación real y en donde podía encontrar una fuente de paz inefable. Sus largos cabellos castaños reposaban sobre su pecho, moviéndose ligeramente al compás de su serena respiración. Miguel se quedó mirando al detenido, temeroso de interrumpir aquel momento de meditación. Un silencio absoluto se había aposentado en aquel frío y aséptico lugar, en donde muchos detenidos habían pasado a lo largo del tiempo y muchos interrogatorios se habían realizado. Pero

hoy todo parecía distinto; el verde oscuro y destartalado de las paredes parecía mostrarse ahora más intenso, como si un soplo de vida lo hubiera devuelto a su color natural. El habitual carácter encarado de Miguel parecía haber trasmutado a una serenidad desconocida, y sus pensamientos de pérdida de esperanza habían dado paso a nuevos cuestionamientos que trataban de romper las barreras de su limitada mente. Hacía mucho tiempo que Miguel no se encontraba en un estado tan extraño, pero parecía que aquel detenido, que permanecía con los ojos cerrados bosquejando sus mundos interiores, había hechizado aquel lugar y a todo el que se acercara a él. Debemos continuar con el interrogatorio, dijo Miguel dirigiéndose al detenido. Jesús continuaba en su estado de arrobamiento, como si no hubiera oído las palabras ni se hubiera percatado de la proximidad de Miguel.

Al cabo de unos instantes, Jesús abrió de manera pausada sus ojos negros y grandes, y miró a Miguel con atención. Aquella mirada parecía leerle el pensamiento y parecía capaz de adentrarse por los intersticios más recónditos de su alma; lugares por donde nadie, ni siquiera él mismo, había jamás transitado.

- Sabes que tenemos que continuar con el interrogatorio -dijo Miguel intentando aparentar firmeza-

- Aquí me hallo dispuesto a ello. Para eso te he estado esperando.

- Dime, Jesús de Entrevías, ¿existe algún tipo de organización social o política a la que estés adscrito y que sea la responsable de los desórdenes acaecidos en la noche de autos?.

- No actúo más que movido por los impulsos de mi corazón y por la Verdad que me ilumina, la cual procede de otras esferas de la consciencia más allá del mundo conocido por vosotros.

- ¿Y esa Verdad que te ilumina te conmina a actuar de una manera descontrolada, sin ningún respeto por el orden establecido ni por la autoridad?. No sé si eres consciente de tu situación, pero ésta no es muy halagüeña. La manifestación a la que acudiste estaba expresamente prohibida por las fuerzas políticas. Además, te viste gravemente implicado en uno de los focos de violencia que se generaron y el resto de tus compañeros detenidos se refiere a ti como el líder del grupo. Estos hechos hacen que tu conducta pueda ser considerada delictiva, lo cual implicaría la

apertura de un proceso penal contra tu persona. No sé si dispones de abogado, pero caso de no ser así te informo de que tienes derecho a uno de oficio. Durante las algaradas callejeras, dos compañeros del cuerpo de policía sufrieron heridas, motivo por el cual estos incidentes han de considerarse de cierta gravedad. El informe que se ha redactado sobre ti, después del primer interrogatorio, te deja en una posición compleja. En ningún caso negaste tu implicación en los hechos y, por el contrario, no hiciste el más mínimo acto de contrición ni te mostraste arrepentido. Hoy te doy la oportunidad de que te retractes y nos puedas facilitar tu puesta en libertad, pues, por mi parte, no tengo gran interés en que sigas en esta celda.

- Yo tampoco tengo ningún interés en seguir aquí, pues no he venido al mundo más que para vivir en libertad y para ofrecer mi mensaje. Pero me iré de este lugar siguiendo fiel a mis convicciones, ya que ni mis ideas ni mis palabras pueden traicionarse. Ellas estás por encima de esta celda en donde me hallo preso y de cualquier autoridad competente en este lugar.

- No hay nada por encima de la autoridad en este lugar, y nosotros, para tu pesar, representamos a esa autoridad que ahora mismo te domeña. Desde que estás aquí no has dicho una sola palabra que pueda ser utilizada en tu defensa, y ninguno de nosotros entiende ese extraño comportamiento. Pero te voy a dar una oportunidad más, que espero que sepas aprovechar.

- ¿Por qué habría de retractarme de mis palabras y de mis hechos, cuando tanto unos como otros obedecen a la voluntad de la consciencia que me ilumina?. Sin embargo, sí que he de decir que no tengo nada que ver con los conatos de violencia que tuvieron lugar, sino que me vi envuelto en ellos de manera fortuita. Por lo demás, acepto que acudí a la manifestación para mostrar mi disconformidad con este nuevo mundo, erróneamente llamado globalizado, construido sobre los pilares del poder económico y del mercado, que da la espalda al hombre y a sus necesidades y esparce la miseria y la podredumbre por todos los rincones del planeta.

- Puede que tengas algo de razón en lo que dices, pero has de saber que nadie puede saltarse la ley, y tú, al igual que tus compañeros, has cometido un acto de desobediencia contra el orden establecido que tendrá que ser juzgado como se merece.

- No son vuestras leyes las que me preocupan, ni vuestra justicia la que me importa. Tan sólo me espera el juicio divino, y ante él deberé rendir cuentas por mis actos. Sólo el poder de los cielos tiene derecho a juzgarme, pues mi reino no es de este mundo y mi patria es más extensa que cualquier lugar que tú hayas conocido. La única ley a la que me someto es la del amor, y el único mandato al que debo obedecer es el de mi deber, y así, habrás de saber que estar del lado de los que el otro día se reunieron para protestar contra el imperio del dinero forma parte de ese deber al que debo subyugarme.

- ¿Me quieres decir que tu deber es comportarte como un violento alborotador que monta barricadas y quema contenedores?.

- Te vuelvo a repetir que no participé directamente en ningún acto violento, los cuales, por cierto, tuvieron su génesis en las provocaciones de tus compañeros, que fueron contestadas por el grupo de manifestantes.

- El hecho de echar la culpa a la policía no te va a ayudar a que salgas de este lugar. Deberías poner un poco de tu parte para que podamos tener un motivo para liberarte. Tu actitud arrogante y tu falta de arrepentimiento son un serio obstáculo a la hora de encontrar un motivo que nos pueda servir para ponerte en libertad.

- Yo ya estoy en libertad, pues tanto mi mente como mi corazón han sido desde su origen bendecidos con el soplo de la más límpida verdad liberadora. Sois vosotros los que deberías esforzaros por alcanzar la libertad, ya que vuestra mente se encuentra ofuscada y vuestros prejuicios os impiden alcanzar la visión clara. La mente debe trascender sus mecanismos automatizados para situarse en el observador imperturbable, lugar donde se obtiene el verdadero sentido de la libertad y se trasciende la prisión de los pensamientos y del ego.

- No he entendido nada de lo que me acabas de decir, pero lo que sí que está claro es que tus palabras siguen sin ayudarte con tu situación. Te repito que si colaboras un poco podremos ponerte en libertad, de lo contrario, te verás inmerso en un proceso judicial y todo el peso de la ley caerá sobre ti.

- Vuestra ley no tiene competencia en mi reino. Y aquí, en la Tierra, esa ley es utilizada en más de una ocasión para perpetuar un orden desigual, sirviendo a los más poderosos y mostrando toda su saña contra los más humildes.

- No estamos aquí para discutir acerca de la bondad de las leyes, ya que éstas han sido redactadas por políticos al servicio del pueblo y la democracia. Aunque tu altanería y tu arrogancia te quieran hacer ver que tu comportamiento puede situarse al margen de la ley, pues, según dices, esa conciencia que te ilumina posee una sabiduría de la que nuestras leyes carecen, he de recordarte que en un Estado de Derecho como el nuestro todos somos iguales a la hora de ser juzgados. Por tanto, nuestra ley te compete y en base a ella deberás ser tratado por tus delitos.

- Obedeces la ley como un simple siervo de su amo, sin cuestionarte la bondad de ésta. Pero en verdad os digo que todo aquel que anteponga las leyes escritas en su corazón a de las leyes creadas al servicio de los poderosos, tendrá un lugar junto a mí en mi reino.

- Lo único que tendrá será un lugar en una prisión.

- ¿Por qué siempre hablas como un burócrata y no dejas que sean tus sentimientos más hondos los que conduzcan tu verbo y tus actos?. Dentro de ti ha sido depositada la semilla de la divinidad, pero ésta apenas puede ser oída, al ser su suave susurro aplastado por el ego insaciable que todo lo devora. Pero si queréis recobrar la libertad, debéis volver la mirada a vuestro interior y encontraréis esa fuerza que os llevará a emanciparos de aquellos yugos a los que os sometéis para ser aceptados en vuestra sociedad.

- Me estás empezando a poner nervioso, Jesús de Entrevías. Está claro que no tienes la más mínima intención de hacer nada por mejorar tu situación. A nosotros no nos queda más remedio que dejarte aquí, a la espera de que se inicie el proceso judicial que dictamine tus penas.

- ¿Y las tuyas?, ¿has pensado ya en tu juicio, el que debes realizar en tu interior?, ¿han obedecido tus actos a tu plena consciencia inspirada por la semilla depositada o, por el contrario, han buscado únicamente el reconocimiento que te permite formar parte y medrar en la vasta uniformidad sin forma ni cabeza del mundo en el que te ha tocado vivir?.

- No he venido aquí para oír esas frases grandilocuentes que no soy capaz de entender, así que tendré que dar por terminado este interrogatorio, a la espera de que recapacites sobre tu situación y nos des alguna información que nos pueda servir para desarmar a los grupúsculos que desestabilizan el orden en la ciudad.

- ¿No te interesa también quién desestabiliza el orden en el mundo?.

¿no te interesa tener en prisión a todos aquellos responsables de que millones de hermanos vivan en la más absoluta miseria?. Es mucho más fácil enfrentarte a un grupo de jóvenes que carecen que poder, que señalar con el dedo a los que con sus decisiones construyen un mundo de podredumbre. Es necesaria mucha convicción y fortaleza de espíritu para desenmascarar el rostro de los poderosos, ya que, además, muchas veces sus actos se esconden dentro de una aparente legalidad, amparados por de esas leyes escritas para su propio beneficio. Pero no sólo cuentan con el favor de las leyes, aunque también en muchas ocasiones se las saltan, sino también con un complejo entramado de propaganda y persuasión de conciencias que opera como arma disuasoria frente a cualquier alternativa que surja de la mente de los hombres de buena voluntad. Su propaganda psicológica modela el mundo de acuerdo a los valores y a los intereses de la clase dominante, consiguiendo que las aspiraciones del resto se centren en formar ellos parte también de ese pequeño grupo de privilegiados y renuncien a consagrar su vida a la tarea de construir un mundo en donde sus bienes puedan ser repartidos de una manera más justa.

- A veces no sé si hablas como un místico o como un revolucionario.

- No tiene por qué haber ninguna incompatibilidad entre ambos conceptos. Es el amor el que inspira los más elevados sentimientos de transformación, de rebeldía consciente, de alejamiento de los parámetros en los que se instala el rebaño. El mundo ha progresado gracias a aquellos que dieron un paso al frente y abandonaron el conformismo, dudando de lo que les decían que no se podía dudar, poniendo su intelecto frente a la marea del pensamiento dominante, correcto y único.

- El que te definas como un revolucionario tampoco te va a ayudar en nada. Los revolucionarios no tienen cabida en esta ciudad en la que yo soy uno de los máximos encargados de preservar su orden.

- ¿Pero cuál es ese orden que tú dices defender?. Es el orden que permite que el mundo siga construyéndose sobre el valor del poder y el dinero. Seguro que no te has parado a pensar si las reivindicaciones de los manifestantes era justas o si tenían razón en lo que decían. Ese tipo de preguntas no te competen, ni tiene sentido que te las hagas, porque tu tarea es la de ser un simple autómatas que obedece sin más, que realiza su labor con precisión y dentro de una perfecta disciplina que se encar-

ga de ejecutar de la manera más conveniente las acciones que imposibilitan que las voces molestas puedan ser oídas. Y así, tú tampoco te paras a escuchar a aquellas voces que incomodan a tus superiores. Supongo que dirás que no tienes tiempo para ello, o simplemente considerarás que no deben ser escuchadas porque son las voces de meros alborotadores a los que deberás demostrar que la superior fuerza del cuerpo que presides las silenciará para siempre. Pero es conveniente hacer un alto en el camino, pararse a pensar y considerar si tus actos están en consonancia con los sentimientos más íntimos que yacen agazapados en las vastas profundidades de tu corazón. No te importe perder el tiempo en ello. Estarás así consagrando esos momentos a la meditación que te hará bosquejar tus procesos internos y que te alumbrará con una nueva conciencia que te proporcionará la visión clara.

- Puede ser que simplemente estés loco. No veo qué sentido pueden tener a veces tus palabras. Resulta desconcertante.

